



## LA VIDA Y LA MUERTE ENTRE LOS ANTIGUOS AMERICANOS



### III

UE un mal para los demás pueblos americanos el que conociéramos y conquistáramos primeramente el Imperio de los aztecas, pues, horrorizados con sus cultos y costumbres, previnieron el ánimo contra los otros, en que una verdadera cultura había producido más sazonados frutos.

Ya hemos visto cómo destruídos los toltecas por el empuje bárbaro de los chichimecas, la luz esparcida por los primeros en el Anahuac quedó como una estela, como un crepúsculo de aquel primer día esplendoroso de la civilización americana.

Arrollados, fugitivos muchos de los sostenedores de aquel sacro fuego, bajó hacia el Sur, á Chiapas, á Palenque y, por último, al Yucatán, esta corriente de progreso, haciendo en estas regiones centrales su verdadero florecimiento, su mayor expansión y completo desarrollo.

Los Mayas, esta reunión de tribus de origen en verdad aún bastante obscuro, cuyo mayor carácter definitivo es una lengua común, que, con la nahualca mejicana y la quichua del Perú, forma la tercera de las más principales y extendidas en aquellos dilatados continentes, bien fuera por ser raza apta para asimilarse las enseñanzas más levantadas, ó porque allí se refugiaron los elementos más potentes de progreso, es lo cierto que entre ellos aparece acumulado todo lo más selecto, todo lo que representa el más alto grado de perfeccionamiento en la América precolombina.

Méjico propio y el Perú han llenado por completo el cuadro de la historia americana, haciéndose populares sus rasgos característicos y dominando en la fantasía general; pero lienzo aparte merece entonces la región central que, con sus mayores bellezas, atraiga más poderosamente la atención, y deje en justo segundo término á aquellas otras que á tan lejana distancia quedaron respecto de ésta en las vías del progreso, por las que tanto avanzaron los inteligentes Mayas.

Sus tradiciones cuentan que un Votan, ó enviado de los dioses, *llegado del país en que se hacen las sombras, del otro lado del mar*, se encontró esta región central poblada de quinametin ó gigantes, á los que parece deberse los grandes bloques, verdaderos restos ciclópeos, abundantes en Guatemala y Estados vecinos. Este Votan es el verdadero impulsador del predominio de los Mayas, que, sometiendo á los aborígenes, los reducen á la casta más inferior de las cuatro que entre los habitantes de esta región se dibujan.

Porque no cabe semejanza mayor que la de la historia y organización de los mayas y los indos. Nada más parecido que la constitución política y social de estos dos pueblos; nada que produzca resultados más similares.

Después de la invasión, una raza sacerdotal, inspirada por las doctrinas de Cunculcan, nombre maya de Quezalcohal, domina y embota el filo de las espadas de otra guerrera, que, sin llegar á constituirse en un gran Imperio, á causa del enérgico espíritu individualista de estas gentes, se dividen el territorio en diferentes reinos y señoríos: al cabo luchan encarnizadamente, preponderando á veces los más ambiciosos, pero sin llegar nunca al Imperio único y absoluto.

La antigua y opulenta casa de los Cocomes fué de las más preeminentes, ejerciendo con otras el poder real, á la manera de los rajás indios. La nobleza y los sacerdotes constituían las otras razas superiores, quedando el pueblo y los esclavos para cultivar el suelo y proveer de caza, pesca y demás servicios á las clases más elevadas.

Pero también se ve más tarde la influencia de gentes venidas del Anahuac y Chiapas. De aquí parecen pasar al Yucatán los tutuxios (toltecas), con su jefe Xini y demás señores, que, después de penosísima peregrinación, fraternizan al cabo con los de Maiapan, uniéndose en deleitosa paz, que les hace casi olvidar el uso de las armas.

En sus últimos tiempos vemos que un ambicioso Cocom tiraniza á su pueblo, entablado para ello relaciones con los crueles aztecas, trayendo la guerra á su país, y con los mejicanos sus fieras costumbres, inaugurándose entonces en aquellas tierras de paz y fraternidad la esclavitud, los sacrificios humanos, el culto sangriento y otros males hasta entonces desconocidos entre ellos; y aunque unidos los restantes con los tutuxios, mataron al tirano y á sus hijos, menos uno que se salvó por la fuga, rompióse la paz para siempre, y enconados los ánimos de los bandos Cocomes, Xiuiies y Chales, produjeron sangrientas luchas, que duraban vivas al pisar los españoles por primera vez aquellas tierras.

Víctimas de los ritos introducidos por los mejicanos auxiliares del Cocom, que no quisieron luego volver á sus montañas de Tabasco, fueron los compañeros del Licen-

ciado de Écija, Jerónimo de Aguilar, tan providencialmente encontrado años más tarde por Cortés, cuando marchaba á la conquista del Anahuac.

Difícil, si no imposible, es determinar hoy las fechas de aquellos sucesos; pero no debemos asentar á una pretendida remotísima antigüedad que se quiere deducir de sus notabilísimas ruinas, que en diferentes grupos se alzan aún imponentes en este suelo, de valor artístico tan subido como no se encuentran tales en ninguna otra región del dilatado suelo americano, y pudiendo sostener la competencia en ciertos monumentos con los más celebrados de la antigüedad.

Apenas se interrumpe la cadena de ellos desde Méjico, como señalando el camino seguido por sus constructores, herederos y desarrolladores directos de los principios y estilos implantados por aquellos toltecas que vimos hacer tan triunfal entrada en el Anahuac.

Lo más cerca de este origen vemos las severísimas construcciones de Mitla, aquel *Escorial* de los reyes de Teotzapotlan, donde se sospecha que yacen sepultados, envueltos en sus ricos trajes y adornados de sus insignias. Lugar de muerte, boca de los antros de la otra vida, cuya arquitectura soterrada, apenas saliente de la tierra, no presenta en su ornamentación ni una hoja, ni un miembro de animal viviente, sólo complicado y repetido mosaíco de labor geométrica, como para indicar que allí nada vive, que todo está petrificado en la imperturbable cristalización de la muerte.

Más al Sur se encuentra el notabilísimo recinto sagrado de Palenque, centro religioso de aquellas comarcas, con su *palacio*, ó, mejor dicho, monasterio, y sus misteriosos santuarios, entre ellos los famosísimos de la Cruz. Allí es donde el arte americano ha pronunciado su última palabra; allí donde la arquitectura, pintura y escultura han celebrado su más solemne y estrechísimo consorcio. Nada resiste la comparación en toda la América con estas reliquias; lo mejicano es grosero, decadente y enano al lado de la proporción, fineza, realismo y elegancia de los relieves y traza general de estos santuarios; allí también se ha llegado á las mayores adquisiciones del procedimiento, usándose ya los estucos, el barro cocido, las argamasas, que sustituyen con ventaja, si no con solidez y eternidad, á la primitiva piedra labrada de los antiguos toltecas; allí, por fin, aparecen los caracteres catúnicos de sus llamados jeroglíficos.

Estos monumentos son los que sirven de modelo á los innumerables yucatecas, si no tan puros y acusando ya recargo y decadencia, todavía admirables: en Ake con su sala hipostila; Izamal con sus grandes pirámides; Tihoo (Mérida) con su esfinge de rostro de doce pies y templo de Culcucan; Chichen-Iza, la más abundante en monumentos exornadísimos, barrocos, quizá los últimos construídos en el Nuevo Mundo precolombino, con su célebre pozo ó piscina de los sacrificios, y, por último, Uxmal, la rival de Chichen, con el palacio del gobernador, el más vasto edificio de la América en aquel tiempo, en cuya vulgarmente llamada fachada egipcia, las ventanas sobre las puertas quedan ocultas por las artísticas persianas corridas, talladas en la piedra, y su *casa del Enano ó adivino*, en la que aún el P. Cogolludo, en 1656, encontró recientes señales de culto á sus dioses.

No se limitan á estos lugares los monumentos: encuéntrase también interesantes en Tikal, y bajando al país de Lacandons, en Lorillard, con riquísimos restos esculturales, y ya en Guatemala los interesantísimos de Copan, que, según Diego García de Palacio, en carta á Felipe II, decía «que la tradición de aquellos indios aseguraba haber sido hechos aquellos edificios por emigrados del Yucatán», no faltando tampoco destellos de toda esta cultura en el Salvador y hasta en la misma Isla de Cuba, donde han salido á luz algunos escasos, aunque interesantes, restos.

Alrededor de estos templos y palacios principales se agrupaban las demás casas que formaban sus poblaciones, generalmente construídas con muros de piedra labrada, formando sus techumbres de maderas, y, como última cobertura, ramas entrelazadas y hojas de palmeras.

Un pueblo tan adelantado en el arte monumental no podía estarlo menos en las industrias, conociéndose hoy restos de su cerámica, verdaderamente escultural; de telas y tejidos de plumas y de orfebrería, y otras muestras que cada día aparecen en aumento indicando el grado tal alto de progreso alcanzado por los constructores de aquellos palacios.

Dos épocas bien distintas se notan en las costumbres y hábitos de estos pueblos, conformes con los antecedentes apuntados: una primitiva, más sencilla, de concordia; edad de oro, en la que apenas usaban más armas que los útiles necesarios para la caza y pesca; obra de paz de aquellos sacerdotes de Culcucan; flor de su moral y predicación humanitaria; y otra que le sucede cuando la influencia azteca se introduce en mal hora entre ellos, para destruir aquella dicha, sembrando todas las discordias y querellas que placen al corazón de Yziliputlli, comenzando entonces los bandos y partidos, las encarnizadas guerras, el cautiverio de los más débiles, los sacrificios humanos y todos los ritos y prácticas religiosas cruentas y abominables.

Complácese el ánimo contemplando las costumbres y cultos, hábitos adquiridos por aquellos mayas puros, que «eran gentes que se daban mucha cuenta de lo bueno y de lo malo». El pudor se revelaba poderosamente en las doncellas, que siempre volvían el rostro y cuerpo ante los hombres, hasta cuando, para mayor honor, escanciaban al huésped en los banquetes, incurriendo en maternales castigos las desenvueltas que le miraban ó sonreían. La monogamia era absoluta, y el repudio, aunque legal, considerado como infamante; el adulterio tenía como mayor castigo para la mujer su propia deshonor, de la que nunca se veía rehabilitada. Eran además las hembras activas y trabajadoras más que los varones, ocupándose en los quehaceres de la casa y condimento de todos los manjares, distinguiéndose además por muy devotas y *santeras*, como las llaman los conquistadores. Más tarde los ancianos se quejaban y derramaban lágrimas por la licencia introducida por los españoles, que habían corrompido por completo las costumbres.

Caritativos y humanos, se ocupaban ellos en todos los trabajos y faenas, labrando el campo comunal para sí y los señores, siendo además muy diestros en la caza, pesca y navegación.

Nunca se visitaban sin llevar algún regalo proporcionado á la calidad del sujeto, y siempre eran correspondidos con el convite inevitable del visitado.

De sus diferencias y raros crímenes, muchos involuntarios, entendían los señores ó jueces, á cuya sentencia de reparación se sometían, tanto el delincuente como sus deudos. Dejaban á sus huérfanos en tutoría, que había de rendir cuentas ante su señor llegada la mayor edad de los menores, y eran los ancianos reverenciados de tal modo, que apenas se permitían hablarles los jóvenes, sino en caso fortuito.

Desarrollada en ellos la conciencia, daban muestras de su arrepentimiento confesando públicamente, y con los sacerdotes, sus pecados, y entregándose á penitencias prolongadas; y adoraban á sus dioses é ídolos no por sí, sino á sabiendas, por lo que representaban.

El sacerdote presidía todos los actos más solemnes de su vida. Á ellos llevaban los niños para que les indicaran el oficio y nombre que habían de tener hasta que fueran mayores, que entonces cambiarían por el de los padres, y á la edad de trece años los bautizaban solemnemente.

Reunidos los niños que se habían de bautizar en el patio de una casa, el sacerdote, ayudado por cuatro venerables ancianos, llamados *chaces*, los encerraba en un cuadrado formado con cuerdas, sostenidas por estos ancianos, colocados en los cuatro ángulos. El sacerdote, en medio, comenzaba por purificar el lugar, llevándose á arrojar muy lejos el brasero y perfumes que habían servido para esta purificación. Revestido después con los más ricos ornamentos de tejidos-plumas, empezaba una serie de misteriosas oraciones y reverencias, asperjando á los niños varias veces, y amenazándoles de herirles nueve veces en la cabeza con un arma de hueso, y untándoles, por fin, la frente, manos y pies con cierta agua sagrada, pasaba á quitar á los niños unas tocas blancas, cortándoles con un pedernal los cabellos que les sujetaban cierta cuenta de piedra que las madres les habían colocado desde muy niños; cortábale también á las niñas las cintas sujetadoras de unas conchitas, que habían llevado siempre como escuditos de su honestidad, y terminaba por fin la fiesta con gran contento y baile de niños y mayores, entregándose estos últimos á libaciones alcohólicas hasta más no poder, de las que eran extremadamente aficionados.

Ellos presidían también sus matrimonios, de sencillísimas ceremonias, no permitiéndolos entre contrayentes menores de veinte años, y oponiendo rigurosamente como impedimento principal el sapientísimo del próximo parentesco, considerando como la mayor infamia la falta cometida entre consanguíneos.

Estos sacerdotes eran los poseedores del mayor saber en todas las ciencias; los que conocían la marcha de los astros y comienzo de las estaciones, eclipses y otros fenómenos celestes; los guardadores de las memorias de los linajes, en lo que tenían especial cuidado, para lo que daban gran importancia al apellido paterno, al contrario de los aztecas, más comunistas.

El sumo sacerdote, llamado entre ellos *Achkinmai*, ó gran sacerdote May, era la persona más respetada por la nación entera, el fiel guardador del dogma, el alenta-

dor de las ciencias, el que remitía los libros canónicos á todos los templos, de los que quizá sea uno el indiscutiblemente sin igual Códice que poseemos en nuestro Museo Arqueológico (Códice Troano y Cortesiano).

Estos sabios sacerdotes eran además los encargados de la educación de sus hijos y de los de los señores que dedicaban á este estado.

No fueron sus cultos sangrientos é inhumanos hasta que los modificaron los aztecas, sino sencillos y de ofrendas é inciensos, contándose entre sus preceptos religiosos las frecuentes abluciones, higiénica práctica impuesta por todos los sabios regidores de las costumbres.

Tuvieron donosas diversiones de pantomimas escénicas y complicados bailes al són de primitivos instrumentos, en los que tomaba parte el pueblo entero, aunque con separación de los sexos, siendo entre ellos el más vistoso y de precisión el de los cordones, de gran destreza y habilidad gimnástica.

También era el maíz su principal alimento, amasado conforme á procedimientos antedichos, extrayendo de él diversas substancias, según su grado de fermento, ó mezclándolo con el cacao para más variedad, sacando así de él sus más generalizadas comidas y bebidas; pero poseedores también de abundante caza y pesca, gustaban de la carne con frecuencia, lo que sin duda les evitó la antropofagia.

En el vestir, aunque de ligeras telas por razón del clima, fueron los más honestos y tapados, en especial las hembras, y entre sus prendas se contaban las sandalias de fibras tejidas ó de cuero de venado.

Mas, á pesar de tantas excelencias conseguidas, no por eso llega á ocultarse la sangre india entre estos privilegiados mayas, patentizándose á cada momento en constantes y generales prácticas, imposibles de borrar entre ellos.

Manifestación primera era el terrible martirio á que sometían, á los pocos momentos de nacer, al tierno infante, prensándole la cabeza entre dos tablas, y ligándolo fuertemente á ellas hasta obtener la deformación craniana, criándolos después completamente desnudos, sometiéndolos á todos los rigores agarrotados en sus cunas.

Llegados á mayores, hacían gala estimadísima del tatuage, conseguido mediante dolorosísimas incisiones, lo mismo entre los varones que las hembras, pareciendo también á éstas gracioso adorno el limado de los dientes hasta dejarlos en punta, y oradarse la ternilla de la nariz para colgar de ella un dije que hiciera juego con los zarcillos.

Eran terribles las madres en la educación de las hijas, pellizcándolas cruelmente y untándoles con pimienta picantísima los ojos y bocas, según la falta cometida, y tan celosas y supersticiosas en todo lo concerniente á la maternidad, que incurrían por esto en las mayores extravagancias.

Entre ellos, su tendencia constante era la holganza perpetua, y su apatía tal, que con harta frecuencia sufrían los castigos de las mujeres, que retorcían el pelo á sus maridos, más entonadas y activas mil veces que ellos.

Vicio extendidísimo entre los dos sexos era la embriaguez, origen de infinitos ma-

les, como muertes, incendios y hasta cómicos adulterios inconscientes, y parece no faltó entre ellos aquel contra naturaleza tan extendido entre los antiguos americanos.

Los aztecas introdujeron también sus crueldades, datando de entonces los derramamientos de su propia sangre y sacrificios humanos, que encontraron los españoles en sus más modernas ciudades de Chichen-Itza y Uxmal.

Fué entre ellos corriente la creencia de la inmortalidad de su espíritu y continuación de la existencia en otra vida, deleitosa ó triste, según los actos cometidos en esta terrenal, siendo el ideal de felicidad el reposar á la sombra del árbol Yaxche, en eterna holganza bajo sus frescas hojas; y á los réprobos descender al Mitnal donde ciertos demonios ostigándoles perpetuamente y haciéndoles sufrir mil penas, no les concedían jamás el descanso tan apetecido.

Tenían por esto gran temor á la muerte, no fueran á caer bajo el poder de Hunhan ó principal demonio, pero propensos al suicidio era frecuentísimo entre ellos por medio de la horca, pues creían que una diosa los amparaba entonces, por lo que poco sufridores del dolor acudían á él al menor motivo. Otros marchaban á Mitla, *boca del infierno ó centro del reposo*, donde residía un gran sacerdote, Huiyatoó (el que todo lo ve) superior allí hasta al rey, y al que no se atrevían á mirar por temor de caer muertos en el acto. Allí existía una terrible puerta de piedra, en la que despedido el penitente por los sacerdotes, quedaba enterrado vivo aquel que á veces llegaba de lejanas tierras, para concluir su vida de este modo.

Grandes eran, sin embargo, los lamentos y lloros que parientes y deudos hacían al difunto, aumentados con ayunos y abstinencias; amortajábanlo después llenándole la boca de alimentos y ciertas piedras que usaban como monedas, y honraban por último al cadáver de distintas formas, ya enterrándolo, ya colocándolo en los árboles, sirviéndoles á otros de mausoleo la casa en que habían vivido, deshabitada desde entonces; á los más poderosos señores los quemaban, guardando sus cenizas en vasijas funerarias, en lugar especial de la casa, al estilo de los romanos. Algunas veces estos recipientes simulaban la fisonomía del difunto, y en ciertos casos aprovechaban su cráneo y piel, que con industria disecaban para mayor recuerdo, y colocándolo en unión de los ídolos domésticos, reverenciaban y ofrecían ofrendas al igual, en los días más solemnes. He aquí por qué no se encuentran tumbas entre los mayas, y sus restos fúnebres han llegado tan escasamente hasta nosotros.

\*  
\*  
\*

De las distintas civilizaciones del continente sud-americano, derivadas todas según podemos deducir de las que venimos estudiando, la más famosa y conocida es la del imperio de los Incas, ó peruana.

Harto sabida y repetidamente expuesta ha sido hasta el menudo detalle la organización de aquel imperio absoluto, prototipo de una raza superior que se impone y somete á su dominio á los otros entre que se implanta, pero cuidadosa á su vez, por

superior práctica política, del sostenimiento y fomento de aquellas fuerzas que explota, por lo que no nos detendremos en su estudio; pero figuraos, sin embargo, una gran casa industrial ó comercial extranjera, que para mayor prestigio se hace venerar como de raza divina por los simples habitantes de cuyo territorio se aprovecha; organizándose rigurosamente; cuidando por egoísmo que no se desgasten los organismos humanos que la sirven; acudiendo á todas las necesidades y hasta comodidades del bracero, para que después el trabajo efectivo sea mayor y mayor el lucro; facilitando las comunicaciones; canalizando las aguas; premiando al ingeniero que les resuelve un problema de más fácil producción; acaparando las primeras materias, y castigando con la fuerza, si es preciso, las infracciones de la disciplina y reglamentos, y tendréis la cabal idea de la obra de aquellos Incas que, oriundos de otras regiones, se presentaban como aparecidos dioses, y fieles sus generaciones á las tradicionales máximas de familia, concluyen por formar el más rico, áureo y extenso imperio absolutísimo que ha habido sobre la tierra.

Hay algunos autores que nos hablan y quieren traslucir entre los orígenes de las razas americanas cierta sangre judía ó fenicia; y nosotros, al examinar las tendencias y procedimientos de estos reyes, al ver su acaparamiento de los más ricos metales y productos de aquel suelo, sus máximas de gobierno y organización casi bancaria, sus aparatos de contabilidad, su esmerada estadística y espiada organización provincial, no hemos dejado de pensar si los famosos Incas no serían, en efecto, alguna familia judaica de las perdidas por el Asia, que pasando con las demás al Anahuac bajaron después hasta esta riquísima región del Cuzco, civilizándola en cuanto les era productiva, logrando allí un ideal de su raza, siendo los semitas americanos precolombinos, algo así como los realizadores de un sueño de los Rothschild en una tierra virgen de seno de oro.

El clima del Perú, fresco, gracias á su altura á pesar de caer bajo la zona tórrida, ayudó también á la obra de actividad y trabajo dirigida por la familia de los Incas, pues jamás paró la labor de aquellos súbditos, que, una vez anexionados al imperio, procedieron inmediatamente á la canalización de las aguas, la apertura de caminos á través de las profundas quebraduras de los Andes, la construcción de cuarteles y fortalezas para que no hubiera ningún obstáculo después en el sucesivo y perpetuo ensanche del imperio. En la organización político-social no existían más que dos clases completamente definidas: la gente de sangre real, la familia cada vez más numerosa del Inca, y los incolas sometidos, sin propiedad individual, pero con la satisfacción de todas sus necesidades aseguradas por parte de sus dominadores. Otra clase elevada existía, la de los *Corucas* ó caciques sometidos, pero esto era en las provincias y no pudiendo presentarse en la corte sino en determinadas ocasiones. Esta clase superior, fastuosa, habitadora de suntuosos palacios, auxiliar en todos los cargos dependientes y sucursales del gran padre el Inca, gozando de todos los placeres y delicias que proporcionan las riquezas y el poder, siendo los amos y señores que hasta la adoración exigían de sus servidores, y éstos con cierto relativo bienestar, constru-

yendo los puentes y calzadas, beneficiando las minas, cultivando los campos y apacentando los rebaños, siendo todos los brazos útiles para el acrecentamiento perpetuo del poder de aquel gran señor, casi divino, único propietario de medio mundo, ante el que hasta los nobles sus más próximos parientes se presentaban descalzos, con la cabeza baja y llevando sobre sus hombros ligera carga en señal de sumisión, era lo que formaban el estado de las personas en aquel extenso imperio.

Dos industrias principalísimas, á más de los trabajos en metal, desarrollaron: la cerámica, de la que existen hoy tan famosos ejemplares y en la que no tuvieron rival en el Nuevo Mundo, y la de los tejidos, encomendada especialmente á las mujeres, nunca tampoco ociosas, que recibían del estado la primera materia para devolverla después hilada y tejida. Jamás caía de sus manos el huso ó lanzadera: hilando marchaban por los caminos á llevar la comida á sus maridos que trabajaban en las obras públicas; hilando ó tejiendo la lana de los rebaños reales pasaban todos los ratos que le dejaban libres los quehaceres domésticos; hasta las vírgenes de los conventos-serралlos del Inca hilaban y tejían para éste las más finas y adornadas telas de aquella finísima vicuña para sus trajes y demás indumentos. Las telas antiguas peruanas son en verdad de los tejidos más exquisitos que ha producido la industria humana.

El sacerdocio no tuvo en el Perú tanta influencia como en otros pueblos; no constituía clase, sino ocupación pasajera propia de la condición de Inca, y los cultos eran sólo actos de adoración al sol y la luna con sencillas ofrendas.

Su gran fiesta ó del Raymi, de deslumbrador aparato y espectáculo, se celebraba el día del solsticio de verano, en aquel que llegaba á pasar el astro rey más verticalmente sobre la ciudad sagrada de Cuzco. Aquel día, adornados todos con las más riquísimas galas, en que el oro, *las lágrimas que vertía el sol* y las más preciosas piedras constituían el principal adorno de los miembros de la familia Inca, aguardaban desde el amanecer que tocaran sus rayos en las más altas cumbres; entonces un grito inmenso de júbilo, acompañado del toque de sus instrumentos, se elevaba hacia el astro del día, grito que se repetía mayor al aparecer el disco ante sus ojos y reflejarse en las vestiduras de láminas de purísimo oro del Inca, que saludaba cara á cara á su padre el sol. Deslumbradora procesión en que los parasoles de plumas, vestiduras de vicuña de brillantísimos colores y abundantísimos adornos de oro de los nobles formaban riquísimo conjunto, se dirigía al Coriconcha, ó gran templo del sol, y cuando llegaba éste al zénit, al medio día en punto, el Inca, compitiendo en destellos de sus áureos adornos y piedras preciosas con su padre el astro del cielo, figura visible de Dios, celebraba el sacrificio del llama más blanco que se había encontrado. Encendíase después el fuego sagrado para el año, por medio de un espejo metálico cóncavo, que habían de guardar cuidadosamente las vírgenes *vestales* de aquel imperio, y después, sacrificándose y condimentándose infinitas llamas, un banquete nacional presidido por el Inca comenzaba, que terminaba á la tarde con el baile y distribución de pan y vino ó chicha, que excitaba el grato sueño.

Pero tener que morir y dejar todas aquellas riquezas, poder y placeres, era cosa

poco grata á aquellos señores hijos de la divinidad; así que la creencia en la otra vida y resurrección de la carne fué idea aceptada más bien que como consecuencia filosófica, como un consuelo y grata esperanza. Ayudó á ello las condiciones climatológicas y geológicas de aquel país, que por su sequedad y ventilación era el más apropiado de los conocidos para la momificación de los cadáveres, pues bastaba enterrarlos entre las arenas de la costa ó en las cavernas salitrosas de las montañas, y á veces en los altos de las casas, para evitar la descomposición, quedando los cuerpos en un estado parecido al de un sueño más profundo, sin perder del todo la existencia.

Así, la vida de los muertos, valga la frase, era en el Perú más interesante si cabe que la misma vida ordinaria, hartamente monótona y reglamentaria.

Cuando un Inca era *llamado de nuevo á la mansión de su padre el Sol*, todo lo que había adquirido durante su reinado era enterrado ó depositado con él; su palacio seguía custodiado por la misma guardia que si estuviera vivo, inmolándose con él sus favoritos y criados más inmediatos para que le acompañaran en la otra vida; guardábase su bandera, y á él, después de extraerle los intestinos y momificarlo perfectamente, trasladábanle con la mayor solemnidad al gran templo del Sol, al Coriconcha del Cuzco, en cuyo panteón le esperaban las momias de sus antepasados, sentados en áureos sillones en dos filas, los Incas á la derecha y las Coyas á la izquierda, con toda la apariencia de meditados vivos, revestidos de todas sus galas é insignias, con la cabeza inclinada y las manos cruzadas. En el fondo de esta cripta una enorme imagen del Sol, de oro purísimo, reflejaba sus rayos al aparecer por el Oriente, envolviendo á las momias de los soberanos en sus dorados y refulgentes destellos.

Un luto general embargaba entonces al imperio entero, y durante un año repetíanse las muestras de sentimiento, que llegaban al mayor extremo cuando en ciertas ocasiones se sacaba y ondeaba la bandera victoriosa del Inca, y vates y cantores entonaban entonces himnos panegíricos del difunto soberano, que se extendían por todo el imperio.

Pero el más sorprendente y curioso cuadro era cuando llegadas las fiestas de aquellos que por sus virtudes y clemencia habían elevado hasta la santidad: preparaban en la gran plaza del Cuzco esplendísimo banquete, y sacando la momia del venerable rey, ocupaba ésta la presidencia de la gran mesa, á la que sentados los próceres, generales y más altos dignatarios, después de saludarlo con adoración, comían con la misma ceremonia que si los presidiera vivo, presentándose entonces la vajilla en oro, plata y piedras preciosas más rica, abundante y suntuosa que la imaginación pueda concebir.

Numerosísimas y variadas en cantidad y especie fueron las sepulturas y enterramientos que por millones sembraron el suelo peruano, gran parte saqueadas en los siglos posteriores á la conquista, pero aún hoy abundantísimas en curiosidades funerarias. Generalizada la creencia de la resurrección de los cuerpos, todos deseaban la conservación del suyo, buscando para ello el lugar más favorable para la momificación, según las regiones.

En la costa, donde la lluvia es tan excepcional, bastaba enterrar el cadáver en la arena para que se produjera su momificación inmediata; esta práctica de los más desvalidos

hizo que tratándose de gentes más acomodadas se le preparara al difunto una cámara ó pequeño pozo excavado, con las paredes revestidas de adobes, que cubiertas con ramas y hojas secas, constituían las cámaras sepulcrales de aquellas momias, conocidas con el nombre de *huacas* y también *tolas*, tan famosas y ricas en objetos fúnebres, y abundantes en las costas de Ancon, Gran Chimua y otros puntos.

Las momias así dispuestas, en posición completamente recogida, las rodillas pegando casi con la barba y las manos cruzadas en el pecho ó como sosteniéndose la cabeza, se encuentran hoy en lo interior de un voluminosísimo especie de fardo, compuesto de telas, hojas secas de coco, cal viva y varios sacos unos dentro de otros, rodeados y sujetos de cuerdas, al que á veces se le ha colocado encima una especie de artificial cabeza con grotesca cara de grandes ojos pintados, nariz postiza, diademas y mil dijes y plumas.

Despojada de tanta envoltura, se encuentra la momia con la cabeza adornada alguna vez de diadema de oro y grandes pendientes de lo mismo en las orejas; con un ovillo de lana en la boca, ó granos de maíz y pedazos de cobre, plata y oro; los dedos adornados de anillos; y algunas guardando entre los brazos y piernas vasos con alimentos y bebidas.

En la Gran Chimua las *huacas* toman la forma de túmulo ó pirámide, existiendo alguna notabilísima. En las más sencillas, cada momia ó familia de ella se encierra en una tumba particular, pero á veces éstas se superponen, llegando á formar montículos y pirámides de gran altura materialmente rellenos de células sepulcrales, distribuidas en pisos, obedeciendo á un orden jerárquico.

Pero los grandes caciques de este belicoso país reposan en arquitectónicas pirámides de singularísima disposición. Truncada á la mitad, deja en el centro un hueco escalonado cada vez más reducido conforme va llegando al nivel del suelo. En este menor espacio colocaban al gran señor ó cacique, con sus riquezas, armas y objetos de su uso; rellenos de arena los intersticios, quedaba herméticamente encerrado después con un piso superior de troncos y hojas secas; sobre este piso, en el segundo espacio superior, se depositaban los cuerpos de sus más próximos parientes, que envueltos asimismo por arena y cubiertos con un segundo piso ya mayor, preparaban el espacio para la tercera tanda de momias, de más lejanos parientes y servidores; y así hasta llegar al plano con el borde superior. No cesaban entonces los enterramientos, sino que siguiéndose la construcción de los lados de la pirámide, se continuaban formando pisos, entonces cada vez más reducidos, hasta llegar á la cúspide, que cerraban ya en punta.

Cerca de Trujillo se encuentra también el sistema de enterramiento de nichos superpuestos en la pared, al igual de nuestros cementerios, y otros aislados en el suelo; y por último, también se ve en la campiña el dolmen, aunque parecen éstos pertenecer á los más primitivos habitantes de aquellas regiones.

Verdaderos tesoros arqueológicos han sido estas huacas, exploradas codiciosamente desde los días de la conquista, pero proporcionándonos aún mil curiosidades que nos

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS  
BIBLIOTECA

dan clarísima idea de sus industrias, usos, costumbres y vida ordinaria, viniendo á ser para el Perú lo que las ciudades de los muertos han sido en el Egipto para la exhumación completa de su historia en las diversas relaciones de la vida.

En ellas se han encontrado numerosísimos y variados ejemplares de su singular cerámica, representando plantas, frutos, animales de todas las especies de su fauna, hombres en actitudes características y presentando muestras acabadas de su indumentaria, y otros originales caprichos, de los que son ejemplo los que forman la sin rival colección, por su número y variedad, de nuestro Museo Arqueológico Nacional; ellos también nos han admirado con el grado de perfección á que llegaron en el tejido y adorno de las telas de lana y vicuña, en que suelen aparecer tan envueltas las momias principales. Allí se han encontrado curiosísimas joyas, figuritas, ídolos y vasos de tan puro oro como delicadísima labor, excitadores de la codicia en todos tiempos, de los profanadores de estas sepulturas; allí también rodeaban á la momia ó momias de la familia finísimos esportillos tejidos y bordados que habían sido depositados con alimentos; estuches para la costura y bordado, neceseres con finísimos peines de industriosa fabricación, pinzas para arrancar el pelo, estiletes y colores, pinceles de pluma, agujetas, orquillas, tarritos y otros objetos de tocador refinado. En ellas también depositaban curiosas bolsas de cuero con polvo de oro y cinabrio, cucharas y cuchillos, sandalias, armas, bastones, flechas y demás arreos del guerrero, así como los instrumentos del arte ó profesión del sujeto momificado, y hasta unos pequeños cuadros en tela, con una figura humana y algunos signos infantilmente bordados ó pintados, que sujetos por su estilete en tierra ante las momias, parecían pretender representar su retrato. Añadamos á esto las de algunos animales queridos, como loros y otras aves, vicuñas, llamitas y hasta ciertos peces y crustáceos, y se tendrá una aproximada idea del contenido de estos *huacas*, que constituyen hoy el cuerpo de los museos y monumentales obras más famosas, que se refieren á esta región del Nuevo Mundo.

En la parte interior, en la montaña, los enterramientos ofrecen una disposición y naturaleza muy distinta. En estas altas regiones la tumba ha seguido las tradiciones de las primitivas razas aprovechando al principio las cuevas naturales de las montañas para ellas, que después llegan á ser excavadas por la mano del hombre; éstas aparecen así en el Perú, unidas varias algunas veces por corredores ó túneles artificiales, cuando no constituyen verdaderas catacumbas con una galería central á la que afluyen otras laterales en las que se abren los lugares para las momias.

Estas grutas naturales ó artificiales, situadas por lo general á gran altura sobre el valle, en los bastiones más escarpados, están cerradas con grandes peñas y malezas que disimulan por completo la entrada, no explicándose la ascensión á aquella enorme altura de las momias si no destruyendo después el montículo, rampa ó parapeto formado para llegar á ellas. Esta es la especie de sepultura más extendida en toda la extensión del interior del Perú; en el cerro de la Horca, Caxamarca, cerro del Paseo y otros muchos lugares se ven y encuentran cada día estas grutas tanto rústicas

como provistas de pilares interiores de sostenimiento, de entrada con pilastras constituyendo verdaderos hipogeos, y algunas hasta dispuestas en dos pisos.

En general, también empleaban como envoltura las telas de lana de vicuña; pero no convirtiendo la momia en un fardo enorme, sino acusando las formas del cuerpo dentro contenido; dejando fuera las puntas de los pies, y otras con envoltura de tupida pleita de paja que parece tejida directamente sobre el cuerpo encogido.

Nunca aparecen, como en la costa, amontonadas unas sobre otras y envueltas entre arena, sino reunidas alrededor junto á las paredes de la cueva con los vasos, armas, ídolos y demás objetos en el centro, y en las mayores formando círculos alrededor de estos enseres.

En otras ocasiones vaciaron una cavidad en el centro de grandes rocas aisladas y las convirtieron en cámaras sepulcrales. Pero lo que constituyó también otra gran especie de monumentos fúnebres en regiones interiores son las llamadas *chulpas*, ó sean pequeñas torres, rectangulares ó cilíndricas, éstas más anchas por la parte superior que por la inferior, de gruesas paredes y pequeñísima puerta al Oriente, tan extendidas en determinadas localidades que ofrecían de lejos el aspecto de grandes pueblos. En su interior se depositaban los cadáveres envueltos en pieles de llama, cerrando inmediatamente la puerta; también nos hablan los autores de algunas tumbas monolitas encontradas, de forma ovoide ó cúbica, y por último, consignan los antiguos escritores, la permanencia de los muertos en los altos de sus propias casas, envueltos en pieles perfectamente cosidas, cuando no reposaban los jefes en las salas principales, revestidos con las insignias de su cargo y rodeados de los objetos más preferentes de su uso en vida.

Más debiéramos extendernos para completar esta somera exposición de los usos y costumbres de estos pueblos, cuya conquista fué el principal objeto de nuestras empresas, apenas pisó el inmortal genovés aquel suelo privilegiado; aun quedan sin mencionar otras muchas tribus y razas en estado salvaje y de fieras é inhumanas costumbres, en todos los rincones más separados de ambas Américas; pero á más de lo repugnante que resulta la contemplación de sus hábitos de canibalismo y degradación mayor en que el hombre se puede presentar, parécenos más propio su estudio del antropólogo naturalista que del curioso que desea sorprender ó penetrar en la vida de las razas de aquel ignorado continente, en sus momentos de mayor adelanto. Pero insistiremos en creer que una vez conocido como página curiosa y original de la vida humana cuanto allí acontecía, cuando la Europa tuvo noticia de su existencia, apartando ciertos violentos procedimientos y hasta inoportuna y excesiva imposición de la fuerza, propia de todos los períodos de conquista, la América recibió de ella su regeneración y se hizo humana y digna de la vida moderna, al llevar allí los españoles todo lo que constituía en aquellos días la superior fórmula de vida obtenida en este viejo mundo, que no cabiendo en él su realización tenía necesidad de más extenso teatro para producir sus más lozanos frutos y espléndidas manifestaciones.

NARCISO SENTENACH